

**Chris Offutt**

## LA ASCENSIÓN DE LA CASA

La lluvia abría nuevos surcos en la carretera que subía a la cresta, convirtiendo la arcilla dura en una pasta amarillenta. La zanja se había desbordado y el aire gris desdibujaba el horizonte bajo. Las hojas goteantes colgaban flácidas y pesadas.

—Amainará —aseguró Mercer.

Coe encendió un cigarrillo y bajó un par de centímetros la ventanilla de la ranchera. Perdigones de lluvia le salpicaron el hombro. Tras una hora de espera mirando el aguacero, la parte superior del parabrisas se había empañado. La cabina olía a perro mojado.

—Espero que el bulldozer no tarde —dijo Mercer—, ¿tú qué crees?

Coe no respondió. Tenía la visera de la gorra llena de huellas de barro. Era de fuera del condado, del lugar al que el hermano de Mercer había ido a comprarse una casa rodante de segunda mano. Antes, aquella misma mañana, Coe y su jefe habían logrado remolcar el tráiler hasta la mitad de la ladera cuando la lluvia transformó el terreno recién despejado en un lodazal. El tráiler se hundió hasta los ejes. Los neumáticos traseros de la grúa también se atascaron al intentar sacarlo. Los hombres de los alrededores que se habían acercado a observar no podían parar de reírse. Esperaban que la tierra mojada acabara llevándose el tráiler pendiente abajo hasta el río. Con un poco de suerte también acabaría arrastrando a la grúa, como un sabueso encadenado a su caseta. Los hombres estaban más que dispuestos a esperar un día entero para disfrutar de semejante espectáculo. Valía la pena soportar la lluvia y el frío.

—Esto no está nada mal —dijo Mercer—. Cobrar por estar sentado en una ranchera. ¿Cuánto hace que tienes este curro?

—Tres meses.

—¿Y te gusta?

—No.

—¿Y eso? A mí me encantaría —dijo Mercer.

El viento cambiante proyectó trombas de agua sobre el techo. Coe arrojó el cigarrillo por la ventanilla y la lluvia se encargó de destriparlo. Coe observó desaparecer el tabaco y el papel, preguntándose cómo era capaz la gente de vivir en terreno vertical. Sin cielo. Sin río. Solo casuchas, barro y un bosque tan denso que Coe no alcanzaba a ver más allá de la primera línea de árboles. Estaba oscuro a pesar de ser mediodía, como si ya estuviese anocheciendo. Había oído que todos los montañeses de la zona tenían una pierna más corta que la otra porque se pasaban años caminando en pendiente.

—Antes de esto —dijo Coe—, estuve seis años trabajando en una granja de caballos.

—Un buen trabajo, siempre que seas capaz de aguantarlo.

—No estaba tan mal. Ayudaba al veterinario hasta que se murió el primo de mi mujer. Le dije al patrón que me iba al funeral y me dijo que si lo hacía ni se me ocurriera volver.

—¿Primo carnal?

Coe asintió.

—¿Y qué hiciste?

—Fui.

—Lo primero es la familia —dijo Mercer—. No vale la pena trabajar para un hombre así.

—No —dijo Coe. Se retorció para apoyarse en la puerta de la ranchera y ponerse de cara a Mercer—. Pero hay gente a la que no le gustan los negros.

Mercer se echó hacia adelante con los ojos entornados e inclinó la cabeza.

—Ya me parece oír el bulldozer —dijo—. Yo diría que se encuentra a mitad de la ladera. —Observó el agua que anegaba la tierra—. Hay gente a la que no le gusta nada en este mundo.

Dos siluetas ensombrecidas por la lluvia dirigieron el estruendoso bulldozer hasta la cumbre; Coe les hizo una señal para que se detuviesen y los siguió con la ranchera. El bulldozer perforó la bruma con un humo negro y aparcó junto a un viejo nogal. Varios hombres se habían acuclillado bajo el árbol, con los brazos extendidos y los codos apoyados en las rodillas huesudas. Aguardaban bajo la lluvia como si hiciese un día estupendo, ajenos a la humedad y el frío. El agua les barnizaba el rostro hasta moldear una máscara uniforme.

El único que permanecía de pie era el hermano de Mercer. Aaron pesaba ciento treinta y seis kilos y acababa de casarse. Las últimas dos semanas, Mercer le había estado ayudando a despejar la estrecha franja en la cima de Crosscut Ridge donde pensaba instalar su nueva casa. Habían transformado una pista de caza en un camino más ancho y serrado unos cuantos árboles para disponer de una buena reserva de leña para la estufa. Habían roturado un surco de las dimensiones de un tráiler y enterrado un conducto para drenar las aguas residuales hasta el río. De la tierra desmantelada emergían dientes afilados de piedra caliza.

Mercer cerró la puerta de la ranchera y avanzó en la tenue bruma. Los hombres observaban preguntándose por las cosas de las que se habría enterado Mercer en la ranchera. Jamás se les ocurriría preguntar, esperarían, esperarían un mes o un año hasta que el propio Mercer lo sacase a colación. Entonces sabrían la verdad, no un cuento contaminado por sus preguntas.

Mercer sacudió la cabeza hacia el bulldozer.

—Ya está aquí el Viejo Bob.

—Tarde —dijo su hermano. Escupió un chorro de jugo de tabaco que se disolvió rápidamente en la lluvia—. Más le vale no estar muy borracho.

—Sabes que lo va a estar —dijo uno de los hombres incorporándose—. El Viejo Bob siempre se emborracha hasta ponerse a devolver cosas que ni siquiera ha robado.

Todos se rieron y el hombre repitió la gracia provocando una nueva ronda de meneos y carcajadas. Ocho años atrás, aquellos mismos hombres sacaron al Viejo Bob de una mina derrumbada a un kilómetro y medio de aquella cima. En una mano llevaba una larga astilla de un puntal; se la acababa de arrancar de la cara. El extremo afilado le había perforado el globo ocular. La compañía le compensó con un bulldozer que tenía una oruga medio suelta y tres cilindros inservibles. Cuando las minas se agotaron y la compañía se largó con viento fresco, el Viejo Bob pasó a ser el propietario del único bulldozer de las colinas. Un buen trueque, aseguraba la gente. Había salido ganando.

El Viejo Bob avanzó tambaleante por el barro; tras una década de intentar no desestabilizarse cuando se emborrachaba, se había quedado patizambo. Sacudía la cabeza como un cuervo para mirar con su único ojo bueno.

—Muy buenas, ¡por Dios! ¿Creéis que lloverá?

—Ni zorra —dijo un hombre—. Pero si no llueve ahora, ya me dirás tú cuándo.

Aaron se sacó con un dedo romo las hebras de tabaco de los maxilares. Las tiró al suelo y se introdujo una nueva mascada en la boca.

—¿Crees que podrás sacarlo de ahí? —preguntó.

El Viejo Bob contempló el tráiler incrustado en la arcilla lodosa de la ladera. Una pesada cadena lo unía a la grúa. Al final había acabado hundiéndose igual que el tráiler. El conductor de la grúa descendió de la cabina agarrándose firmemente a la puerta. El terreno resbalaba como si fuese jabón y al pisarlo patinó, se cayó y se precipitó de costado pendiente abajo. Se hundió hasta las rodillas en las aguas turbulentas de la zanja.

—Mucho ojo, muchachos —dijo el Viejo Bob—. Que ese parece que está buscando pareja de baile.

El conductor forzó una sonrisa mientras avanzaba penosamente por el camino.

—Soy el señor Richards —dijo—. ¿Es usted el del bulldozer?

—Le vendría bien uno, ¿eh?

—Eso parece.

El Viejo Bob se echó hacia adelante y sacudió la cabeza. Se le quedaron pegados en la cara unos cuantos mechones de pelo mojado. Se despegó uno y chupó la punta.

—Richards —dijo—. Le puedo llamar por su diminutivo, ¿verdad, señor Dick? ¿Es usted el jefe de este equipo?

El Viejo Bob se puso a aullar, su ropa aleteaba como corteza de abedul desgarrada por el viento. Los hombres disimularon sus sonrisas maliciosas desviando la mirada hacia lo alto de la pendiente o hacia la punta de sus botas; en las minas habían aprendido muy bien a no enfurecer nunca al capataz.

Richards respiraba por la boca para que no le entrase la lluvia en la nariz. Solo los blancos adquirirían casas rodantes a estrenar entregando la vieja a modo de entrada. Richards se estaba quedando sin negros que le comprasen las usadas. Su nuevo mercado estaba en la gente de las montañas y tenía que andarse con pies de plomo.

—Tengo entendido que maneja ese bulldozer como si fuese una mula prestada —dijo Richards—. ¿Dispuesto a intentarlo?

El Viejo Bob adelantó el labio inferior y sacudió la cabeza.

—No, todavía no. Tengo que lubricarme un poquito más. —Se tambaleó para ponerse de cara al bulldozer. La silueta de un hombre suspendido de la jaula de seguridad se balanceaba de un lado a otro—. ¡Eh, Bobby, que rule

esa botella por aquí! —El Viejo Bob sonrió a los hombres y fijó su único ojo en el señor Richards.

»Mi hijo nació cojo perdido, pero con los ojos en perfecto estado. Es el que se encarga de ver por mí. Considerando cómo ha subido la ladera, yo diría que aquí al amigo Dick tampoco le vendría mal un chaval que se encargase de caminar por él.

El Viejo Bob mostró los dientes y avanzó pavoneándose hacia el bulldozer. Los hombres le siguieron, ávidos de un poco de acción bajo el abucheo de la lluvia. Richards se sacudió el barro de la bota.

—¿Dónde demonios anda Coe? —dijo—. ¡Eh, Coe!

—En la ranchera —dijo Mercer—. Iré a por él.

Mercer avanzó por delante de los hombres que se pasaban whisky y cigarrillos húmedos que protegían ahuecando las manos. El bulldozer traqueteaba al ralentí.

—Dejadme un trago —les dijo.

Coe bajó la ventanilla; el humo de cigarrillo que se escapó de la cabina se desvaneció en la niebla. Mercer se preguntó por qué habría decidido quedarse a solas en la ranchera. Los hombres solo hacían eso cuando querían evitar una pelea, pero Coe trabajaba como el que más y no era de darle mucho a la sin hueso.

—El jefe te llama —dijo Mercer.

—¿En serio? ¿Ya se ha puesto manos a la obra con el tipo del bulldozer?

—Es que el Viejo Bob está medio borracho.

—A mí eso no me parece mal —dijo Coe—. En un día así hasta yo empinaría el codo.

—Puede que ya no quede ni gota.

—No para mí, eso seguro. —Subió la ventanilla y salió de la ranchera—. La lluvia no va a aflojar ni un pelo.

—No —dijo Mercer—. Pero solo es agua.

El barro succionaba las botas bajo el oscuro túnel que formaban las ramas de los árboles. El viento se había calmado. La lluvia caía vertical, como chuzos de punta. Cuando Mercer y Coe pasaron frente al bulldozer, los hombres se callaron y se limitaron a observar. Coe remontó a buen paso la pendiente embarrada.

El tramo inferior del talud había cedido unos centímetros hasta bloquear la zanja. El agua que bajaba se arremolinaba por encima del camino recortando nuevos canales hacia el río, y Mercer era consciente de que el terraplén no aguantaría hasta la noche. Uno de los hombres le pasó el whisky. Con tres

dedos amputados por una motosierra, su mano formó una pinza en forma de C alrededor de la botella plana. Quedaban unos dos centímetros y medio de licor de maíz chapoteando en el fondo.

El Viejo Bob se instaló en el asiento del bulldozer. A sus espaldas, apoyado en las barras de la jaula de seguridad y balanceando las piernas tullidas, estaba su hijo Bobby, Bobby el Localizador. Podía distinguir una serpiente a cincuenta metros de distancia e identificar las aves que sobrevolaban las cumbres más distantes. En primavera, el Viejo Bob cargaba con él como si fuese un saco de pienso de maíz mientras la varilla de zahorí de Bobby se estremecía y vibraba. De los veintisiete pozos cavados en los puntos indicados por Bobby, veinticinco habían dado con manantiales subterráneos. Todo el mundo culpaba al Viejo Bob de los dos fallos. Estaba borracho y no caminaba recto.

El bulldozer remontó la pendiente a sacudidas, las orugas de acero lanzaban bloques de barro a su paso y el agua de la lluvia se apresuraba a cubrir su rastro escalonado. Bobby, suspendido como un espantapájaros, daba indicaciones a voz en grito. Con el Viejo Bob al volante, el bulldozer se deslizó sin problema sobre el suelo embarrado hasta llegar a la altura de la grúa. Coe ajustó una cadena de remolque a la horquilla. Richards arrancó la grúa y salieron disparados chorros de barro. La cadena se tensó y el bulldozer se encabritó como un oso arrinconado hasta que el Viejo Bob redujo la tensión. La máquina retumbó al volver a tomar tierra y lanzó una capa de barro amarillento sobre Coe. El bulldozer tiró de nuevo y las dobles ruedas traseras de la grúa comenzaron a girar. Cada movimiento abrupto sacudía a Bobby, que seguía suspendido de la barra de la jaula. La grúa, forzada, emergió de pronto de su trampa en la ladera y la lluvia se vertió en el agujero. El barro arcilloso la contuvo como un cuenco. Los hombres contemplaron el lodo que flotaba sobre el agua amarilla.

El Viejo Bob arrastró la grúa describiendo un círculo cerrado. Saludó a los hombres empapados que se estaban golpeando mutuamente los brazos para entrar en calor. Richards se asomó por la ventanilla de la grúa con la boca enfurecida en un grito que se perdió bajo el estruendo del bulldozer y la lluvia. El Viejo Bob hizo otra pasada por la estrecha cresta y en el último giro cerrado dio tal sacudida que acabó inundando de barro el interior de la grúa a través de la ventanilla bajada. El motor de la grúa se caló. El Viejo Bob detuvo el bulldozer, que continuó vibrando estrepitosamente, y saludó a los hombres con la mano. A sus espaldas, la oscuridad se había adueñado del bosque húmedo. Estaba solo en el bulldozer traqueteante.

—¿Dónde está Bobby? —dijo Mercer.

—¿No está ahí arriba? —preguntó un hombre.

—Bueno, no puede andar muy lejos —dijo otro—. Hasta mi abuela corre más rápido que él, y eso que está muerta.

Los hombres vieron que Richards se había puesto a agitar los brazos y a señalar algo en la parte posterior de la grúa. El Viejo Bob se dejó caer al terreno enfangado.

—Jamás le he visto bajarse de ese bulldozer durante un servicio —dijo alguien—. Seguro que la oruga se ha soltado.

Los hombres cruzaron el camino para subir a la cumbre. Aaron esperó en la retaguardia, escupiendo por encima del hombro. Era su terreno y su tráiler. No tenía la menor intención de mancharse de barro.

La lluvia fría corría por la cara de Mercer mientras trepaba por la pendiente cubierta de hierba que aún no había sido perforada por el arado ni el bulldozer. Rodeó el tráiler salpicado de barro y se quedó sobre la banda de tierra elevada que quedaba en medio de los surcos dejados por los neumáticos. Coe estaba en la esquina del tráiler, con la cabeza alzada hacia la cascada que se precipitaba desde el techo. Se quitó el barro de la cara.

—¿Es que tienes intención de ponerte ahora a afeitarte o qué? —dijo Mercer.

Coe se puso rígido. Dio un paso al frente, pero su furia perdió fuelle en cuanto vio el whisky que Mercer le estaba ofreciendo.

—No te lo bebas todo —dijo este, y le lanzó la botella.

Coe la cazó al vuelo, le quitó el tapón y dio un trago rápido. Cerró los ojos al sentir su fresco ardor.

—Ese tío del bulldozer, no se puede ser más imbécil —dijo.

—Su chaval es bien majo —dijo Mercer—. No sé a quién habrá salido, pero es así.

—No siempre tiene por qué ser de tal palo tal astilla.

—Por aquí suele serlo.

—Tu gente lo tiene tan jodido como la mía.

—Puede ser —dijo Mercer—. Nunca he conocido a otra gente.

Dejaron de mirarse mientras la lluvia acribillaba el barro. Coe hundió la mirada en la bruma, pensando que no estaba en lo cierto, que su gente lo tenía bastante peor. Coe sabía cómo eran los negros. Sabía cómo habían acabado como habían acabado y quién tenía la culpa. Los de las montañas no tenían ni la más remota idea.

Guardaron silencio hasta que Coe vio aparecer a los hombres en la niebla camino de la grúa.

—Algo ha ido mal —dijo Coe.

Cruzaron por el barrizal hacia los hombres acucillados en torno a la parte trasera de la grúa. Bobby estaba tendido boca arriba con las piernas atrapadas bajo los neumáticos dobles del vehículo. Tenía los ojos desorbitados y temblaba. La lluvia se acumulaba en los pliegues de su ropa.

—¿Te duele mucho? —le preguntó el Viejo Bob.

—No sabría decirte —dijo Bobby—. Nunca he sentido nada ahí abajo. —Tosió y se le formó una burbuja roja en la boca—. Levántame.

—Dé media vuelta con el bulldozer —le ordenó Richards al Viejo Bob—. Si muevo yo la grúa las ruedas le pasarán por encima. Tiene que tirar lento y suave. —Bajó el tono de voz—. Y no más bromas, puto imbécil.

El Viejo Bob se dirigió dando tumbos al bulldozer, dificultado por el barro que le pesaba en las botas. Se volvió y gritó:

—Eh, por amor de Dios, ¿dónde está ese whisky?

Coe alzó la botella.

—A la mierda con él —dijo el Viejo Bob.

—Por mí perfecto —dijo Mercer. Le arrebató la botella a Coe y vació de un trago lo poco que quedaba del licor translúcido. Los hombres observaron, sorprendidos de que Mercer no pusiera reparos a beber después de Coe.

La grúa avanzó unos metros dando bandazos y llenando de barro a todo el mundo. De la rodilla destrozada de Bobby brotó un arco rojo. Luego otro. Y otro más. Los hombres miraban, estupefactos y temerosos. Habían descuartizado puercos en otoño y destripado ciervos en el bosque. Habían visto sacar a hombres mutilados de las minas, reventados, azules por la falta de oxígeno, carbonizados por el incendio de un pozo. Pero ninguno había visto morir a un hombre lentamente.

—¡Joder! —gritó el Viejo Bob. Saltó del bulldozer—. ¡Es mi hijo, joder!

Se arrodilló y agarró la rodilla de Bobby. La pierna amputada se deslizó a un lado, se meció en el agujero donde estaba tendido Bobby y tiñó el agua de rosa. El largo borde afilado de una roca surgía del barro, por debajo del muñón de Bobby.

—¡Hay que hacer algo! —dijo el Viejo Bob. En la cuenca del ojo tenía un pegote de arcilla del tamaño de un pulgar.

—No se puede hacer gran cosa —dijo un hombre.

—Un torniquete no serviría de nada —dijo otro.

El resto asintió a su alrededor. Todos habían perdido a algún pariente; era inevitable. Coe se abrió paso a empujones entre los hombres y se arrodilló en el barro. Presionó la mano contra la herida abierta.

—Necesitamos una cuerda o un trozo de arnés —dijo Coe—. Trabajé para un médico de caballos cerca de seis años.

El Viejo Bob apartó a Coe de un manotazo.

—¡Vuelve a tocarlo y te abro la cabeza!

Brotaron dos chorros de sangre antes de que Coe volviese a tapar la herida con la palma de la mano. Con la otra contuvo al Viejo Bob.

—Cuidado con lo que haces ahí —dijo uno de los hombres. Su voz era grave y dura y los demás se volvieron hacia él. Esperaban bajo la fría lluvia gris, dispuestos a apoyar al hombre que conocían.

Bobby se incorporó un poco y descubrió el espacio donde tendría que haber estado su pierna. Volvió a dejarse caer riéndose con unos graznidos estridentes.

—Cortadme la otra —dijo—. No necesito ninguna.

Los hombres se miraron entre sí evitando el rostro impasible de Coe. Uno a uno, fueron posando sus ojos pacientes sobre el señor Richards. Era el jefe, él les diría lo que había que hacer. Richards se sopló la lluvia de los labios.

—Es verdad que trabajó en una granja de caballos —dijo—. Pero no tengo ni idea de lo que aprendería allí.

Los hombres se frotaron la boca y se ajustaron los sombreros. Cada uno tenía su firme opinión al respecto, pero ponerse a dar órdenes les habría hecho parecer arrogantes. Contemplaban a Bobby; el sudor de sus cuerpos se mezclaba con la lluvia.

Mercer se quitó el cinturón de piel de serpiente que había hecho su padre. La hebilla tintineó. Todos miraron a Mercer y el cinturón que sostenía en la mano.

Despacio, asegurándose de que los demás lo aprobaban, comenzaron a dedicarse gestos de asentimiento. Con la vista fija en las manos de Coe, siguieron esperando. Coe no hizo nada hasta que uno de ellos tomó la palabra con la cabeza vuelta hacia Mercer.

—Intentarlo no empeorará las cosas —dijo el hombre—. Pero primero mejor que alguien sujete al Viejo Bob.

Richards tiró de él. El Viejo Bob soltó a su hijo dócilmente, demasiado dócilmente, y Mercer se dio cuenta de que se había desmayado. Richards lo depositó sobre la fluyente arcilla lodosa.

Coe hizo un doble lazo con el cinturón alrededor del muslo de Bobby y apretó la hebilla con fuerza. Pellizcó la arteria expuesta, la desplazó hacia un lado y se sacó una navaja del bolsillo.

—Que alguien me la abra —dijo.

Los hombres miraron a Mercer. Este cogió la navaja, sacó la hoja y se la devolvió. Coe cortó los pantalones de Bobby y dobló los colgajos de tela hacia afuera. Rebanó la pierna atrofiada desde la rodilla hasta la mitad del muslo y extrajo delicadamente quince centímetros de arteria por el corte. Se le resbaló dos veces, como una pequeña serpiente escurridiza. El suelo absorbía la sangre. Coe apretó la arteria, hizo un nudo en el extremo y levantó las manos. La sangre estrangulada contra el nudo seguía goteando en el barro. Coe lo apretó un poco más y la hemorragia cesó. La arteria formaba un bulto oscuro contra el nudo blanquecino. Coe tapó el muñón con su gorra.

—Llévadlo a la grúa —dijo.

Los hombres se acercaron a Bobby como si tuviera cuatro esquinas. Coe le sostuvo la cabeza. Lo alzaron y comenzaron a descender con cuidado la pendiente embarrada. Mercer los observó hasta que desaparecieron en la niebla que desprendía el calor de la hondonada. A sus pies yacía medio enterrada en el barro la navaja de Coe. Mercer limpió la hoja en su pantalón y se la metió en el bolsillo.

El señor Richards se agachó detrás del Viejo Bob y lo sacudió para despertarlo. Se le derramó lluvia turbia de la cuenca del ojo. Richards le ayudó a ponerse en pie y se volvió hacia Mercer.

—Creo que no deberíamos dejar esa pierna ahí tirada —dijo—. Los perros podrían llevársela o vete tú a saber.

El aire de la bota hacía que la pierna flotase en el charco. Mercer la levantó por el tacón y la sostuvo apartada de su cuerpo. No pesaba mucho. La cargó pendiente abajo preguntándose qué hacer con ella.

Su hermano estaba solo en el camino. La lluvia le chorreaba de la tripa como de un tejado sin canalones.

—¿A dónde se han ido todos? —dijo Mercer.

—Al médico con Bobby.

—¿Coe también?

—¿Quién?

—El tipo de la ranchera.

—¿Te refieres al negrata?

—No —dijo Mercer—. No me refiero a eso, hijo de puta.

Blandía la pierna de Bobby como si fuese un arma. Aaron frunció el entrecejo y escupió tabaco.

—No deberías decir eso de madre —dijo—. ¿Qué llevas ahí?

—La pierna de Bobby.

—Nunca le sirvió de mucho.

Mercer la dejó caer y se salpicó el pantalón de barro. El viento hacía que la lluvia les bombardease la espalda y el cielo oscuro se abatió sobre la cumbre.

—La ladera no va a aguantar —dijo Mercer.

—El tráiler se ha quedado a la mitad —dijo Aaron—. Voy a dejarlo ahí y voy a arar un nuevo camino a su alrededor. No pienso vivir en otro sitio que no sea Crosscut Ridge. —Suspiró y alzó la mirada al cielo. El agua le corría por las cejas—. Pues sí que ha anochecido rápido.

Mercer se acercó a la ranchera donde Coe se había sentado a fumar. Una vez dentro de la cabina, Mercer se despegó la camisa empapada del cuerpo. De pronto, sintió frío. Coe arrojó el cigarro por la ventanilla. Mercer escarbó en su bolsillo.

—Toma, tu navaja —dijo.

Coe cogió la navaja y la sopesó un rato en la palma de la mano. Luego miró a Mercer y se la ofreció.

—Podrías necesitarla —dijo Coe.

—No puedo dejar a un hombre sin su navaja.

—Es tuya —Coe se la lanzó a las piernas—. De todas formas, no es que sea muy buena.

—¿Crees que vivirá? —dijo Mercer.

—Más me vale, de lo contrario saldrá mi nombre. Tengo que largarme cuanto antes de esta montaña.

Coe se encendió otro cigarrillo y puso en marcha el motor. Activó los limpiaparabrisas y los faros y, al cabo de unos segundos, el capó recalentado comenzó a desprender volutas de vapor. El zumbido incesante de la lluvia envolvía la ranchera.